

me ha gustado la diferencia que establece entre libros y menudencias (papeles sueltos, pliegos, folletos, estampas, mapas), dos categorías tipográficas distintas y que con frecuencia se suelen obviar. Estas últimas son denominadas, siguiendo a Jaime Moll, como «libros para todos», por sus bajos precios, morfología efímera y rudimentaria y argumentos popularísimos (aventuras, vidas de santos, sucesos, comedias y asuntos piadosos), de un elevado y generalizado consumo en los diferentes estratos sociales. Los libros propiamente dichos despliegan temas diversos, que abarcan Ciencias, Historia, Derecho, Política, Teología, religiosidad, clásicos, humanistas, Gramática y una sabrosa nómina de creaciones literarias diversas (caballería, picaresca, novelas variadas, teatro, poesía, Lope, Cervantes, Alemán, etc.). En fin, más no se puede exigir a un trabajo sin par, que exhala virtudes en cada página, capaz de colmar la mayor de las exigencias, y las apetencias del devenir de la cultura gráfica de Europa traspasada al Nuevo Continente.

Termino como lo harían R. Chartier o L. C. Álvarez Santaló, sugiriéndole al autor que, tras haberse dado al fatigoso recuento, la determinación, análisis e interpretación de la información pertinente, dé el merecido descanso al ánimo, ya crecida en letras, y la recree en la lectura e interrogación de muchos de los textos acariciados, para que juegue, y cito a Borges, «con la abrumadora fantasía de una biblioteca universal que registrara todas las variaciones de los veintitantos símbolos ortográficos, o sea cuanto es dable expresar en todas las lenguas».³ El discreto lector, tras culminar la misión que le es propia, sabrá discernir que el elogio es hijo de la fascinación y no del afecto y la amistad.

Referencias bibliográficas

- BORGES, J. Luis: *Otras inquisiciones*, Madrid: Alianza, 1995.
 GONZÁLEZ SÁNCHEZ, Carlos Alberto: «El libro y la Carrera de Indias: registros de ida de naos», *Archivo Hispalense*, 219, 1989, pp. 93-104.
 VEITIA LINAJE, José de: *Norte de la Contratación de las Indias Occidentales*, Madrid: Instituto de Estudios Fiscales, 1981.

● Carlos Alberto GONZÁLEZ SÁNCHEZ
 [Universidad de Sevilla]

De cuando Homero aprendió a escribir

Juan SIGNES CODOÑER

Escritura y literatura en la Grecia arcaica

Madrid: Akal, 2004, 391 págs.



POCOS TEMAS HAY tan interesantes para los estudiosos de la Historia de la Cultura Escrita en la Antigüedad como la debatida cuestión de los orígenes del alfabeto griego y la aparición de los primeros testimonios escritos en la Grecia arcaica, en un entorno cultural en el que la oralidad gozaba

de una larga tradición. El interés por averiguar cuál era el origen de sus sistemas de escritura, llevó a muchos escritores griegos a situar la paternidad de esta innovación, primeramente, en un contexto mítico (ya sea señalando a Palamedes, a Dánao o Theuth, según las distintas versiones), aunque muy pronto comenzaron a discutir sobre el papel que el elemento humano había jugado en la aparición de la escritura alfabética en Grecia. Para Heródoto de Halicarnaso, el inventor del alfabeto griego no fue otro que el hábil Cadmo, que lo tomó de los fenicios, una interpretación que fue bien acogida por otros autores posteriores, como Diodoro Sículo. No es de extrañar, por tanto, que los propios griegos, al decir del «padre de la Historia», denominaran *phoenikeia* a las letras.

El estudio del origen y desarrollo de estas «cosas fenicias» y la importancia que jugó la escritura en la fijación de los poemas homéricos es el objetivo central de este libro de Juan Signes Codoñer, Profesor Titular de Filología griega de la Universidad de Valladolid. Aunque se ha especializado en el estudio de la Literatura de época bizantina, Juan Signes ha realizado también algunas traducciones de obras fundamentales para el estudio de la Historia de la Cultura Escrita en la Antigüedad, como la que hizo de una cono-

cida obra coordinada por Guglielmo Cavallo en 1975, y que no se publicó en España hasta veinte años más tarde.¹ Sirva esta breve referencia biográfica del autor para comprender el esfuerzo que ha supuesto para él embarcarse en la realización de *Escritura y literatura en la Grecia arcaica*, cuyo ámbito cronológico se aleja bastante de la mayoría de sus trabajos anteriores. Como el propio Signes reconoce en el prefacio de su estudio, su acercamiento a los orígenes y primeros usos del alfabeto griego no ha sido premeditado, sino que viene explicado por la necesidad de sentar las bases del tema que sí constituye el propósito fundamental del trabajo, a saber, el estudio del contexto histórico en el que se generó la primera transmisión escrita de la *Iliada* y la *Odisea*.

El libro ha sido publicado por Ediciones Akal, en cuyas colecciones se han editado obras de referencia en los campos de la Filología y la Historia, a la que se suma ahora este trabajo, que cuenta con una estructura bien organizada, que facilita su lectura y evita reiteraciones innecesarias en el discurso. Sin lugar a dudas, el núcleo fundamental del libro lo constituye el cuarto de sus seis capítulos, dedicado a Homero y la escritura (pp. 123-300), un tema que daría por sí solo para un estudio independiente, que a buen seguro gozaría del interés de especialistas y profanos, a juzgar por la larga tradición que tiene la llamada «cuestión homérica». Pero Juan Signes ha preferido ampliar su monografía dedicando un largo capítulo al origen y evolución del alfabeto griego (pp. 17-65), seguido de otro centrado en los usos y difusión de la escritura en los siglos VII-VI a. de C. (pp. 66-122), que sientan las bases teóricas del asunto central de la obra, que no es otro que poder determinar si los largos poemas cuya autoría la tradición adjudica a Homero pudieron ser fijados por escrito ya desde el siglo VIII, o si, como sostienen otros investigadores, la primera copia escrita de la *Iliada* y la *Odisea* no se realizó hasta el siglo VI, en la Atenas de Pisístrato.

Particularmente interesantes, tanto por su original concepción, como por el caudal de información que suministran, son los dos primeros capítulos de la obra. El primero de ellos, como ya hemos explicado, está dedicado al nacimiento

del alfabeto griego y a la difusión de la escritura en la Grecia arcaica. La organización de los distintos apartados permite al lector conocer el quién, dónde, cuando, por qué y cómo de la aparición de la escritura alfabética en la Grecia continental e insular. La conclusión final, para el autor, es que las inscripciones griegas en verso más antiguas que conocemos (*v. gr.* la tantas veces citada copa de Néstor), no constituyen una prueba fehaciente de que la poesía oral arcaica se rindiera ante la materialidad de la escritura, sino que, en todo caso, son pruebas circunstanciales de la difusión de una poesía oral que, en un momento concreto, comienza a registrarse, de forma episódica y descontextualizada, en soportes que, en ningún caso, fueron concebidos para la transmisión escrita de dichos poemas.

El segundo capítulo acoge, bajo el título de «Usos y difusión de la escritura en los siglos VII-VI», un recorrido por los textos escritos griegos más antiguos que se conocen, que es tanto como decir un recorrido por la epigrafía griega de Época Arcaica. No se limita el autor a hacer una selección de inscripciones que, a modo de *corpus* documental al uso, sirva para sustentar los argumentos centrales del libro, sino que, a partir de lo que él denomina «ejemplos rápidos», va desgranando la difusión de la escritura en el período arcaico, a partir del análisis de los textos y los soportes sobre los que éstos se inscriben. Tanto la selección de las inscripciones como la propia clasificación de las mismas puede ser discutible (el autor ya advierte de ello al comienzo del capítulo), pero en cualquier caso, el análisis de las mismas es muy acertado, y la bibliografía consultada, actual y contrastada, transmiten al lector (incluso al especializado en estos temas), la seguridad que lo que está leyendo no es fruto de una investigación apresurada, sino de largos años de trabajo. La conclusión final del capítulo, que el autor resume en un párrafo extraído de un trabajo reciente de Hölkeskamp, es que el uso de la escritura en la Grecia arcaica estuvo restringido, en gran medida, por la propia oralidad estructural de su cultura.

¹ CAVALLO, 1995.

Pero el núcleo central del libro, como ya hemos explicado, se centra en la obra de Homero y la materialidad de la escritura, a la que el autor dedica el cuarto capítulo. En opinión de Juan Signes, el propio devenir histórico del hábito epigráfico, unido a la necesidad material del soporte necesario para la fijación escrita de los dos largos poemas (el papiro), obligan a considerar la primera mitad del siglo VI como la fecha más probable de la primera versión escrita de la *Iliada* y la *Odisea*. Se trata, en cualquier caso, como el propio autor advierte con cautela, de una «sospecha bien fundada», que en ningún caso puede afirmarse como una certeza, que, además, deja abierto el debate sobre la mutua relación entre oralidad y escritura en la Grecia arcaica, asunto éste sobre el que se ocupa *in extenso* al tratar la transmisión de la poesía arcaica (pp. 301-341). El capítulo dedicado a los orígenes de la prosa (pp. 342-365), nos introduce en el proceso gradual que condujo a la fijación escrita de los tratados filosóficos, cosmológicos y matemáticos, hasta llevarnos al siglo V y al apogeo de los escritos en prosa de los logógrafos. Juan Signes finaliza con unos párrafos dedicados al «padre de la Historia», para cuya obra escrita reivindica su carácter literario, en contra de la teoría tradicional, que siempre ha destacado que Heródoto de Halicarnaso escribió su obra para que ésta fuese leída en público y no para ser leída en privado. No deja de ser también una «sospecha bien fundada», aunque discutible, como otras que expone el autor.

La obra se cierra con unas conclusiones (pp. 357-365), que, sin reiterar lo ya dicho en los capítulos precedentes, ofrecen al lector las principales contribuciones de un libro tan denso como éste. Es de lamentar que la obra carezca de unos índices mínimos (de materias, personas o autores citados en el texto), que simplifiquen las consultas de esta interesante publicación, que cuenta con un abultado aparato crítico, potencialmente útil para los lectores.

Referencia bibliográfica

CAVALLO, Guglielmo: *Libros, editores y público en el Mundo Antiguo*, Madrid: Alianza Editorial, 1995.

● Manuel RAMÍREZ SÁNCHEZ

[Universidad de Las Palmas de Gran Canaria]

Cultura escrita y poder político en la Cataluña medieval

Michel ZIMMERMANN

Écrire et lire en Catalogne (IX^e-XII^e siècle)

Madrid: Casa de Velázquez, 2003, 2 vols., 1403 págs.



CON EL SÓLIDO respaldo científico que proporcionan más de treinta años investigando la realidad política, social, jurídica y documental de la Cataluña medieval, Michel Zimmermann, profesor emérito de la Universidad de Versalles-Saint Quentin-en-Yvelines,

nos ofrece ahora una obra monumental y en muchos aspectos concluyente sobre las consecuencias de la razón gráfica en el devenir histórico de ese condado durante los siglos IX a XII; es decir, en un período particularmente significativo en lo que concierne a la Historia de la Cultura Escrita occidental, ya que fue entonces cuando ésta comenzó su afianzamiento como tecnología al servicio de la organización social. No obstante, el autor no presta demasiada atención a la perspectiva comparada y, en muchos puntos, se restringe en exceso al ámbito catalán, caracterizado como «un espacio donde la gente escribe mucho y precozmente» (p. 1313). En este sentido, llaman la atención una serie de olvidos historiográficos más que reveladores: ya sea la síntesis pionera de Graff sobre la alfabetización occidental, casi inevitable para encuadrar esos cambios;¹ algunos ensayos referidos a los usos documentales franceses en el siglo XI;² y, en particular, el fundamental trabajo de Clanchy sobre la afirmación del escrito en la Inglaterra medieval.³

¹ GRAFF, 1987.

² GUYOJEANNIN, MORELLE y PARISSÉ, 1997.

³ CLANCHY, 1979.